

basura, de las mil y una utilidades despreciadas. Los serenos, apagando el farolillo pendiente del chuzo, se retiraban. Hacían irrupción en las silenciosas calles, el estrépito de las burras de leche con sus collares de escandalosas campanillas; paraba la docta recua farmacológica ante el portal del paciente catarroso; salía soñolienta la sirvienta a recoger el néctar asnal; tibio, dulzón y espumoso; y reanudando el presuroso trote el benemérito tropel, se atenuaba y perdía el ruido al doblar la esquina. Clareaba la luz de la aurora; sonaba el esquilón de las monjitas llamando a misa temprana a las devotas madrugadoras. Un chico con larga caña de buñuelos, en ella ensartados, se encogía el frío mañanero y pregonaba su mercancía. Se abrían tiendas y portales, y Madrid entraba en el trajín del nuevo día.

E. HERNANDEZ-PACHECO

EXTREMADURA

(Retrato en acuarela)

Buscas el Aula doctora con tu frente vegetal.
 Tus pies remozan el vuelo con las gracias sevillanas.
 Te abren su pecho, de un lado, manchegas y toledanas
 y del otro te echa gorjas todo un Reino: Portugal.
 Por Gredos te entran caricias de mística monacal.
 Te aprieta celosa un muslo la flor de veinte sultanas,
 y allá por Huelva, llamándote, quiebra las moles serranas
 el águila marinera con su pico de cristal.
 Te cruza el pecho una arteria rumorosa y andariega;
 y otra que pican cien lanzas fertilizando la vega
 por el ombligo romano te ha ceñido un cinturón.
 Cuarenta cumbres orean de tus escudos la gloria;
 y tanto volcaste el ánfora de tu grandeza en la Historia
 que están los dos hemisferios llenos de tu corazón!

MANUEL DELGADO FERNANDEZ

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

ACABA de pasar junto a nosotros, como un fugacísimo relámpago del progreso, el tren TALGO. Maravilla de la moderna técnica ferroviaria, reúne a nuestro modesto parecer toda la comodidad y todo el buen gusto que es posible montar en el limitadísimo espacio de que se puede disponer dentro de la caja de una vía férrea. Sillo-nes admirables, cabinas, dormitorios, comedor, salón de fumar o de tertulia, cocinas, y todo con un orden, una limpieza y meticulosidad dignos del mayor elogio. Su construcción, por demás sencilla, no permite la acumulación de polvo, ni de esos extraños residuos tan antiguos que nos hacen pensar en las descuidadas costumbres que tenían nuestros antepasados. Dentro de este tren moderno, los sillones se hallan alineados a la manera de los de los aviones. Es muy lógico, naturalmente, que toda esta clase de locomoción se disponga a acomodarse conforme a las exigencias de las nuevas conquistas y yo creo que el tren TALGO es, quizás, la primera transición de la terrestre a la aérea. Por eso, sin duda, este tren magnífico, cien veces elevado al cubo por ser eminentemente español, se ha sabido despojar de ese enormísimo peso y de esa descomunal altura de nuestros trenes actuales.

Le hemos visto marchar sobre la alfombra verde de nuestros campos extremeños y lo hemos contemplado deslizarse a velocidad verdaderamente sorprendente, con la seguridad y la fuerte adherencia de un largo gusano argentado. Podríamos decir, esta es, al menos, la sensación, que en el tren TALGO han sido eliminados casi todos los motivos de tragedia.

Y, no obstante, cuántos encontrados pensamientos nos han venido a turbar!

Por lo pronto, ya no serán posibles, con esa rara facilidad de hoy, esos terribles lamparones que como por arte de magia se agarran desesperadamente a nuestros pobres trajes, produciendo en todos los quitamanchas materia abundante de trabajo y satisfacción difícilmente armonizables con nuestros sentimientos de víctimas. Tampoco podremos terminar, luego de una noche de pesadilla, oyendo, atemorizados, toda suerte de siniestros chirridos bajo nuestros pies, con esos graciosos chafarrinones que, juntamente con las carbonillas incrustadas bajo nuestros párpados y los ojos rojos y llorosos, constituyen la verdadera salsa de nuestros viajes. Decididamente, señores, el progreso nos parecerá a todos de perlas, pero en muchos casos, en casi todos, convengamos también en que nos viene a aguar un poco la fiesta.

Antes iba usted a los toros contento, pongo por caso, porque sabíamos de antemano que pasaríamos una buena tarde de cualquiera

forma que cayeran las pesas. Nos proveíamos de una típica bota de vino, de unas buenas lonchas y de un sabroso pan tierno. Con estas reservas, con nuestro buen cigarro puro y una corbata chillona, no había corrida mala, y si el festejo artístico fracasaba nos hacíamos la cuenta que habíamos estado de merienda en una romería y en paz. ¿Y ahora?

Ahora vamos al fútbol con el gesto horrible de traidor de un drama de Calderón, porque queremos que nuestro amor propio, que lo hemos puesto en uno de los dos equipos, lo mismo que lo podíamos haber puesto en mejor causa, triunfe a toda costa. Es verdad que allí se juega con un animal inocente y, lo que es peor, con la vida de nuestros semejantes, pero, ¡caramba!, que las patadas que se arrean aquí no son tampoco cosas de chicos. Así, pues, ¿cómo diablos nos hemos de aprestar a pasar la tarde, como lo hacíamos antes, si nos la van a amargar, o la amargaremos nosotros, y además se nos va a salir el aire por las mellas cuando intentemos pronunciar uno de esos términos ingleses de que se nutre ese juego?

Yo recuerdo, con verdadera nostalgia, nuestros viajes de hace treinta años; no es mucho, pero aquello era una verdadera delicia. Teníamos que volcar la casa sobre los baúles, porque si sabíamos cuándo íbamos a salir, ignorábamos, desde luego, el momento de nuestro regreso. Todas las fiambreras y cuanto más voluminosas mejor, eran pocas. Pienso que desde entonces debe datar nuestra pequeña aversión a las tortillas de patatas. Pero, en fin; llegaba el momento de montar y montábamos. Aparte de lo que llevábamos en el furgón, nuestro compartimento quedaba convertido en un verdadero campo de Agramante: sombrereras, maletas, cestas, bolsos, bastones, paraguas... ¡Qué sé yo! Los viajeros nos acogían con una ancha sonrisa, como si pensasen que todas las malas cosas que podían suceder en aquella habitación de cuatro ruedas las podrían soportar mejor cuantos más fuésemos. Ahora es cuando reflexiono acerca de las razones que tendrían aquellos trenes para correr tan poco y cuáles motivos para no enlazar ninguno. Tres o cuatro días de aquí a Cádiz; emparentábamos todos los viajeros y llegábamos con las botas y los trajes rotos. No me digan ustedes que esto no tenía gracia.

Bueno, pues nuestro magnífico tren TALGO va a dar al traste con todo esto. ¡Qué lástima!

Tendremos una gran comodidad, limpieza, rapidez; pero esos quitamanchas, esos sastres, esos zapateros y, sobre todo, las cocineras, sufrirán un tremendo parón en sus actividades, porque, ¿han pensado ustedes en la cantidad de tortillas de patatas que van a so-

MARIANO E. CARDENAL



POEMA DE LA TIERRA DURA⁽¹⁾

Para Pedro Caba y Jesús Delgado Valhondo, corazones como el mío, troquelados siempre a fuego de paisaje.

I

Ahora que comulga el horizonte
la blanca eucaristía de la luna,
y todo en un abismo se oscurece
en silencio por sombras redimido...

Ahora que la sombra con sus hachas
va talando los troncos y el paisaje,
y llega con sigilo de leopardo
por todos los caminos de la tierra...
yo medito, yo siento, yo camino,
y es que esta soledad me pesa tanto.

Escultura silente, hora uncida
por este cinturón de cielo rojo.
Cielo sin voz tallado en un silencio
inmóvil asesino de las horas.
¡Soledad florecida como un lirio
en el páramo duro del ocaso...!

Sí. Esta soledad me pesa tanto
que me ciñe la angustia de la tierra,
una angustia con filos de crepúsculo
y ausencias definidas por el barro.

Es preciso ser carne de este suelo
amamantar las horas y los árboles:
historia del paisaje y del terruño
con la sangre florida en primavera.

Yo besaré esta tierra aunque me queme
un dolor sin distancias ya cercano;
las estrellas dirán a mis oídos
un tronchado rumor de plata viva.

(1) Fragmentos de un poema inédito con el mismo título.